

Historia recordada, historia inventada

História inventada - Made-up Story

*Agueda Bernardete Bittencourt**

Traducción: Verónica Bulacio

*Pues el presente con el apoyo del pasado es mil veces
más profundo que el presente que está tan próximo
que no deja que se sienta nada más,
cuando la película en la cámara sólo alcanza el ojo.*
(Virginia Woolf)

El patio de la iglesia en el fondo de casa

Fin de la tarde. Sopla un viento suave. Hojas secas, papel viejo, vasos descartables se acumulan en los rincones de la vereda de una casa deshabitada. El pequeño jardín tuvo sus plantas cubiertas por esa basura circulante que el viento campinero¹ se encarga de llevar de un lado al otro. Fue caminando por la calle que reparé en ese paisaje urbano. Y luego otro paisaje ocupó el lugar del primero.

Era una casa grande, paredes hechas de tablas anchas verticales clavadas una al lado de la otra, rematadas por tablitas angostas que escondían del viento y la lluvia posibles grietas del rejunte. Una casa un poco baja. Ubicada al final de un césped muy verde –un poco inclinado en dirección a ella– que comenzaba al lado de la iglesia y se encargaba de unir las tres construcciones donde pasé buenos y malos momentos de mi época de niña. La escuela, la casa de las monjas y la pequeña iglesia de la aldea llamada *Três Casas*.

* Pedagoga. Mestrado em Educação y Doutorado em Educação. Pós Doutorado en École Normale Supérieure Fontenay Saint Cloud y en École des Hautes Études em Science Social-França. Livre Docência em Universidade Estadual de Campinas, UNICAMP, Brasil.
E-mail: agueda.bittencourt@gmail.com

La casa pintada de verde tenía una escalera de tres escalones por donde se llegaba a una barandilla minúscula y, de ella, a los dos salones de clase. Recuerdo especialmente uno de los salones, o mejor, de las tres ventanas a la izquierda y de la luz de la mañana entrando sala adentro. Veo que esa imagen tal vez no sea una, y sí un conjunto de tres cosas variadas: tres construcciones, tres aulas, tres escalones, tres ventanas... Tres son las personas de la Santísima Trinidad, la patrona de la aldea.

Ubicada atrás de la iglesia –que desde lo alto de una pequeña colina observaba la aldea frente a ella–, esa casa verde pasaba buena parte del tiempo llena de movimiento, ruido, aromas, lo que la dejaba casi invisible. Sólo durante las vacaciones el edificio permanecía deshabitado. Es de ese tiempo, que veía las hojas secas acosadas por el viento en los rincones del balcón, esa imagen. A veces también me encontraba con excrementos secos de los animales domésticos, que circulaban sueltos por la aldea. Ese cuadro que no sé si alguna vez llegué a ver con todos esos detalles, pero que en algunos momentos, ciertamente, encontré– es el de mi primera escuela en período de vacaciones: desolada, silenciosa y abandonada. ¡No sé por qué comienzo a hablar justamente de las vacaciones si me gustaba tanto el periodo de clases!

La iglesia de madera, me parecía enorme. No puedo ver el color con el que era pintada, creo que en el tiempo que viví en la aldea nunca la pintaron y debía estar bien desteñida por la lluvia. Sé, sin embargo, que era bien grande y muy alta. Las campanadas a la hora del Ave María, siempre que alguien moría o cuando el Padre llegaba e íbamos a tener misa, se hacía oír de punta a punta del poblado.

La casa de las monjas, también de madera como el resto de la villa, era una casona cuadrada, de dos pisos, capaz de albergar una decena de habitantes, considerando el número de ventanas, que hacía creer que había por lo menos cuatro dormitorios en el piso superior y varios ambientes más. Era una casa rodeada por un jardín donde crecían dalias de varios colores y lirios blancos, además de las rosas típicas de los jardines del sur del Brasil. Con esas flores más aquellas que eran donadas por las familias de la aldea, se adornaba la iglesia los días de fiesta,

como la que ocurría el día 31 de marzo, cuando vestida de ángel, un año coroné a la virgen, en medio del perfume a incienso y del sonido de las voces infantiles cantando *Louvando María*.

Sin recordar el color de las paredes, me acuerdo bien del confesionario hecho de madera de fina, oscura, algo como peroba o pau-ferro², en su acostumbrada posición de espera al lado izquierdo de la puerta, en el fondo, que en las iglesias es también la entrada. De ese confesionario tengo varias marcas, la más fuerte es el temblequeo que me daba junto con el dolor de panza y que dejaba mi voz ronca además de la boca seca. Porque confesar implicaba el esfuerzo concentrado de negarme a mí misma.

Además del confesionario, la iglesia tenía otra parte importante: la rendija del fondo. El tiempo y las intemperies deformaron un poco esas maderas y apareció la rendija del fondo: era perfecta, el mejor equipamiento para jugar a las escondidas que conocí. Alguien era elegido para cerrar los ojos y contar, mientras todo el grupo se escondía atrás de la iglesia y espiaba del otro lado por la rendija. Cuando sus pies pasaban de la mitad de la iglesia, era aquella corrida, unos atropellando a los otros hasta que el último fuera a contar nuevamente. Horas y horas pasaban durante esa repetición sin fin.

De la iglesia aún guardo otro recuerdo: es de la pared de afuera, donde, junto a mi amiga Salete, me saqué el retrato de graduación de la primaria. Mi vestido, blanco como los zapatos, las medias y los guantes de nylon, tuvieron sus tiempos de gloria. Era de cristal, un tejido mágico para esa niña de diez años, tejido fino, que brillaba y parecía almidonado, pero no lo era. Hace un tiempo recibí un regalo y la cinta del paquete me pareció sacada de mi vestido de cristal. Nunca me olvidé de aquella belleza. En la fotografía en blanco y negro veo el cabello cortado y enrulado para la ocasión. Debía ser así, al final, yo fui la oradora. Por primera vez exhibiendo el papel del discurso, cortado en formato angosto y largo. Lo que estaba escrito allí no lo recuerdo, pero el acto de desenrollar el discurso no lo olvidé. La fotografía me reporta a los rituales consagrados: me veo en pie al lado de mi amiga, las dos con nuestros vestidos blancos, con volados, con soquetes y zapatos nuevos; los guantes de nylon fueron las piezas más admiradas. Yo nunca

había usado o visto un par de guantes antes. Guantes para el frío no se usaban en la aldea y esos, lindos y transparentes, ¡Qué maravilla! Me pregunto: ¿quién habrá tenido esa idea? ¡Hacer a las niñas del campo usar guantes de princesa en el día de la graduación de primaria!... ¿Y la posición para agarrar el diploma? Por mucho tiempo imaginé que esta era la única forma posible de sostener un diploma, enrollado como un pedazo de caña de azúcar, amarrado con la cintita verde y amarilla: con las dos manos, una en cada punta del tubo.

De la ceremonia de graduación me acuerdo de la composición de la mesa, con todas las autoridades del lugar. Estaba el intendente, el juez de paz, el cura, el escribano. Este último era mi padre, que subía al escenario improvisado en el club, con su andar un poco rengu, pero siempre con su sonrisa bonachona y alguna ironía en la mirada. La última autoridad era la monja, Hermana Ana, que por ser mujer o por ser monja, no sé bien por qué, mantenía una posición discreta, casi pidiendo disculpas por estar entre esos hombres tan importantes.

Las imágenes y las escenas de ese período de niña me reportan a la escuela y a la iglesia casi como si fueran una única cosa. Así, paso de una para la otra sin siquiera darme cuenta. Cabe, sin embargo, decir que se trataba de una escuela pública, Escuelas Reunidas Profesora Julieta Lentz Puerta de Nova Petrópolis, que era administrada por convenio por las Hermanas Catequistas Franciscanas³.

Dulce de membrillo con pan

Hacía mucho frío a las nueve y media de la mañana, en días de invierno, cuando la campanita tocaba y anunciaba la hora del recreo. La corrida era general. Todos salían con sus paquetitos de merienda en la mano, no existían entonces las meriendas escolares de hoy, e iban en busca del sol sobre el césped que aún conservaba un poco del rocío de la madrugada. El mejor lugar era junto a la pared del fondo de la iglesia: allí el sol daba directamente y desparramaba calor, al mismo tiempo que la pared impedía que el viento cortante hiriera la piel e hiciera escurrir la nariz de los niños. Los grupos se iban acomodando

en rondas, todo el mundo hablando, temblando de frío y empezando a comer. En casa me preparaban una merienda en la cual invariablemente había dos rodajas de pan casero con un pedazo de dulce de membrillo, salidas del stock doméstico, de fabricación propia. Los dulces, por su lado, tenían también su tiempo de preparación, que ocurría una vez por año. Eran fabricados y almacenados en cajas de madera especialmente hechas para ellos. Eran unas cajas muy bien acabadas, con tapa de encajar y correr por canaletas. Hasta hoy admiro el arte de la carpintería. Nunca vi que se deformaran o se trabaran. Eran rectangulares, con capacidad para 20 o 25 kilos que duraban todo el año, para ser consumidos como relleno de pan en la merienda de la escuela o también en el desayuno. En casa éramos seis hijos –el mayor ya estaba en el colegio interno– más papá, mamá y una agregada⁴ que ayudaba en las tareas domésticas. La misma manteca, el queso y el salame, además de otras variedades servidas en la primera comida del día, también eran de fabricación casera. Mi merienda en esa época era siempre de pan con dulce. Parece común, entre los adultos, pensar que a los niños les gusta más lo dulce que lo salado. Bueno, no sé si eso es verdad, pero recuerdo que en ciertas épocas me empalagaba de esa merienda. Me acuerdo de dos amigas, compañeras de grado: una se llamaba Genésia, la otra ya no sé más. Ellas eran las niñas más grandes de la sala, siempre se quedaban en los últimos lugares de la fila y en los últimos pupitres del aula. La Escuela es un lugar de clasificación, la primera de ellas por tamaño. Yo era pequeña, flaquita; por consecuencia, la primera en la fila y también en el aula. Yo no solo era pequeña, era también de las más jóvenes del aula, y eso puede significar que yo tenía la edad correcta, mientras mis amigas habrían sido reprobadas, o habrían dejado la escuela, o inclusive habrían comenzado más tarde. No da hoy para olvidar que yo era la hija del escribano que, si bien no tenía ninguna importancia en el mundo, allí en aquella aldea era una de las autoridades, con cierto grado de instrucción, y eso era ya una clasificación previa a la que iría a ocurrir posteriormente en la escuela. Mis compañeras mayores eran muy tímidas, usaban vestidos largos y, a no ser en días muy fríos, de lluvia y heladas, iban a la escuela descalzas.

Hablaban poco en el aula y en el recreo, eran muy reservadas, tal vez por culpa del acento de quien habla italiano en casa⁵.

La aldea donde transcurren los episodios narrados aquí se sitúa en el Oeste catarinense⁶, región de fuerte inmigración italiana. Genésia y sus compañeras vivían en la colonia y caminaban de tres a cinco kilómetros para llegar todos los días a la escuela a las ocho de la mañana. Mis amigas protagonizaron conmigo dos episodios de los cuales siempre me acuerdo con nostalgia, y que tal vez revele cómo las familias van inculcando en los niños gustos y sabidurías.

En una de aquellas mañanas heladas, de sol débil y viento cortante, corrimos para ocupar el mejor lugar al lado de la pared de la iglesia. Cuando abrí mi merienda y me encontré con el ya célebre pan con dulce de membrillo, me desanimé. Miré al costado y vi en las manos de Genésia algo fantástico: una batata al horno. Claro que yo conocía la batata, ¿pero así? Al horno, ¿y de color rosa? No. Era una batata larga, con cáscara marrón bien tostada. La cáscara tenía unas ampollas de aire formadas por su humedad o que se yo por qué. El hecho es que, pinchando la cáscara, se iba soltando y dejando aparecer aquella masa rosada que hasta hoy se me hace agua en la boca. Quién lo propuso no me acuerdo, pero el cambio de meriendas sucedió en ese día y de ahí en adelante muchas veces más. Después de esa época, pocas veces tuve oportunidad de comer ese *manjar de los dioses*. Mucho más tarde descubrí por qué aquella batata era tan especial. Era asada en el horno a leña, junto con el pan, sin ser cocinada anteriormente, y por eso adquiría esa consistencia y dulzura tan típica. En casa, la batata era primero hervida y después iba para el horno de la cocina a leña para secarse. Ni daba mucho tiempo, a todos les gustaba comerlas junto con el café con leche, por eso la batata no se secaba. En otra ocasión decidí imitar a mis amigas. Yo imaginaba la delicia que debería ser poder ir a la escuela descalza. Yo siempre iba calzada, porque vivía en el centro de la aldea, a dos cuadras de la escuela y también porque mi mamá decía que era muy feo una niña andando descalza en la calle. Ahí iba yo siempre de zapatos u ojotitas, jamás de alpargatas, porque éstas eran prohibidas en mi casa, parece que cargaban la marca de la pobreza o

del campo, no sé bien cuál de las dos. Pero sé que ese calzado no era admitido, ni las camisas a cuadrillé o pantalones rayados para los niños⁷. Un bello día, yo salí discretamente de uniforme, pollera azul marina tableada y blusa blanca con el bolsillo bordado y los pies descalzos. La sensación no fue la esperada: yo debería tener unos 7 u 8 años y no me sentí cómoda sin zapatos. Me dio vergüenza, me pareció que mis pies sucios no combinaban con el uniforme. Aguanté bravamente y ya estaba casi orgullosa por haber realizado tal hazaña, cuando al llegar a casa me encontré con Adgar, mi hermano mayor. Parecía horrorizado de ver una niña tan educada y bonita, según él, volviendo de la escuela con los pies descalzos. Su discurso pleno de argumentos morales y sanitarios me dejó muy triste y avergonzada. Más aún porque era un discurso lleno de autoridad. Adgar era, en esa época, un estudiante seminarista y eso sí era de peso en la familia. Lo peor de todo fue tener que escuchar que mis pies iban a quedar deformados y no entrarían más en ningún zapato. Esto, dicho por cualquier persona, no tendría tanta importancia, pero justo él fue quien me vio. Era el personaje especial de mi niñez. Siendo el mayor de los siete hijos, fue elegido por mi padre para estudiar, tal vez para ser cura, aunque no estoy segura si la familia lo quería tanto. La verdad es que, cuando me di cuenta, él ya no vivía más en nuestra casa, estaba interno en el seminario. Por él vi a nuestra madre vivir las mayores alegrías, con la llegada de las cartas, de las libretas escolares, de las fotos 3x4 y con sus visitas para las vacaciones. Y las mayores tristezas, bañada en lágrimas, cuando debía partir. Él tenía el privilegio de ser siempre el personaje nuevo que entraba en casa dos veces por año. Aprendí a quererlo de esa forma respetuosa de quien está cerca y lejos al mismo tiempo. Nueve años mayor que yo, fue al seminario antes que yo cumpliera un año; así, lo conocí ya como ese visitante casi ilustre, que usaba sotana negra con decenas de botones, bolsillos y ese cuellito blanco típico⁸.

Hice un largo paseo hasta aquí y acabé dejando para atrás la escuela primaria que trajo la primera imagen de este escrito. Voy a intentar reencontrarla en esta colección de imágenes de mi archivo personal: La escuela era administrada por las Hermanas Catequistas –una

congregación franciscana fundada en Santa Catarina— eran ellas nuestras profesoras en la escuela, nuestras catequistas en la iglesia y también nuestras compañeras de juegos en la hora del recreo, ésta tal vez la mejor parte de todas. Ese período de la aldea, donde vivimos por cuatro años, fue para mí el más rico en descubrimientos, experiencias y libertad. Nosotras, las niñas, no gozábamos de la misma libertad que los niños, que salían por la mañana, sin avisar adónde iban y volvían a la hora de las comidas, transpirados, llenos de historias para contar. A las niñas quedaba reservado el lugar en la escuela y en la casa⁹. Las salidas a lugares un poco más alejados, en general, se convertían en pequeñas fugas. Había una cosa que preocupaba a nuestra madre y que siempre nos obligaba a inventar historias extravagantes para encubrir la desobediencia: ella le tenía mucho miedo al río, a la corriente y temía que alguien pudiera ahogarse. Eso era válido para los dos sexos. Los niños, en el verano, huían para el río con frecuencia. Fueron pocas mis huidas, pero hice sí mis tentativas para aprender a nadar. No morí ahogada, si me asusté algunas veces, pero hasta hoy soy una piedra en el agua y tengo pánico de la profundidad, corriente e inmensidad.

La aldea a veces era una auténtica comunidad medieval, me acuerdo bien de las *passarinhas*¹⁰ que ocurrían cuando los hombres decidían salir a cazar y se quedaban dos o tres días en el monte. Ellos también organizaban pescas, acampando en el borde del río y divirtiéndose mucho. Eso se deducía de las historias que contaban al volver; en el día en que volvían de una cacería, trayendo venados, pacas, armadillos o pajaritos, la aldea se transformaba en una fiesta. Una vez la *passarinhada* fue preparada en nuestra casa. Imagine unas diez familias, con aquella media de cinco o seis hijos, aquel bando de niños o de jovencitos por el patio de la casa. Las mujeres preparaban una enorme cantidad de polenta y hacían aquellos pajaritos fritos enteros en el tacho de cobre, que eran servidos en mesas una al lado de la otra. Primero los niños pequeños, después los jovencitos y por último los adultos, que permanecían en la mesa hasta más tarde. La mesa era especialmente armada en el patio para esa ocasión: sólo cabían unas 20 personas por vez.

No sé si esos acontecimientos eran motivo de alegría para las mujeres, que trabajaban mucho en esos días, pero pienso que eran momentos en que se salía de la rutina y había un cierto toque tribal en la convivencia. Hoy me acuerdo de aquella forma rústica y calurosa de esos tiempos semi-campestres. Después de esos cuatro años de pueblo, vino la vida en la ciudad que, aunque no muy grande, ya presentaba más opciones y, con esto, la necesidad de elección y la consiguiente clasificación.

Lápiz y papel

Nuestra mudanza fue motivada para garantizar que los niños continuaran estudiando. Ya eran tres de los siete hijos los que estaban fuera de casa, en colegios o en la casa de parientes. Había llegado mi turno y la cosa no caminaba bien. Vivíamos en la ciudad. Muchos hijos y poco dinero. ¿Quién va para la escuela pública y quién para la escuela privada? La decisión me pareció natural, los niños en las escuelas privadas que dan más posibilidades de éxito en la vida y las niñas en las escuelas públicas; decisiones sin traumas o, por lo menos, sin conflictos¹¹ inmediatos.

Se inició, a los 12 años de edad mi formación profesional para el magisterio. Pasé de un curso primario en escuela rural para el Curso Normal Regional. Recuerdo bien de que fui una buena alumna de matemáticas, pero mi escritura era lamentable y debería comenzar a estudiar cómo enseñar, antes inclusive de aprender lo que iría a enseñar. Eso gracias a la Didáctica y a la Práctica de la Enseñanza, a la Psicología, a la Biología y a las nociones de Higiene, que componían el *currículum* de ese curso. Mal alfabetizada, allá fui yo atropellando palabras y creando grafías. Me llevó un buen tiempo convencerme de que enseñanza se escribía con Z y no como me salía automáticamente –“*enseñanza*”. Las s, z, j, g, aún hoy me sorprenden a veces.

En esos cuatro años viví las primeras emociones de encuentros/desencuentros, amor adolescente, fugas de las clases. En nuestra casa no había todavía ni televisión ni heladera, cuyo modelo redondeado

acababa de llegar a la ciudad. Entré por primera vez al cine y vi a *Ben-hur*, con el corazón casi saliendo por la boca. La sala oscura del cine, el sonido alto, las imágenes que crecían de repente venían en mi dirección con furia. Todo me desorientaba. Ya era una jovencita. Casi una profesora y estaba conociendo el cine.

Disfrutaba también de la lectura oficial de la familia: las revistas *O Cruzeiro*, *Manchete* e *Seleções*, a las que mi padre se suscribía. Hombre instruido para su época, había cursado hasta el secundario, en la década de 1930. Era bueno en historia (aquella de los héroes nacionales y de la antigüedad especialmente) y Geografía, invencible para grabar nombres de ríos, capitales, montañas. Acompañaba la política de cerca, como buen hijo de coronel que era. Udenista, admiraba a Carlos Lacerda y celebró mucho la victoria de Jânio Quadros y su “*escoba moralista*”. Como toda mi familia, yo también desfilé de escobita en el pecho en aquellos años poco dorados¹².

Sobre mi padre, no puedo dejar de mencionar su forma medio extraña de incentivarnos a estudiar. Decía que todos deberían estudiar, que era muy importante, aunque no hiciera un mínimo movimiento para que sus hijos llegaran a las buenas escuelas, a no ser el mayor: él sí, iría hasta el final y sería médico. Ningún sacrificio sería demasiado para conseguir que él volviera graduado a casa. Cuando me acuerdo de mi madre, veo la escuela distanciándose un poco, por lo menos este tipo de escuela: va cediendo su lugar a otros aspectos de mi formación. Doña Vina, como era llamada, era una mujer fuerte, luchadora, brava, tal vez, en los dos sentidos de la palabra. Era quien garantizaba el pragmatismo en esa familia liderada por un aventurero que cuidaba de su propio placer sin preocuparse mucho con las condiciones de su prole. Algunas veces pienso que él tenía sus fantasías: quería tener, además del hijo médico, otro ingeniero, otro abogado. Las mujeres deberían ser profesoras o enfermeras y de preferencia bien casadas. Este era su sueño, igual al de la mayoría de las familias de clase media brasileñas. La realidad era la decadencia y lo que restaba de una herencia que alguna vez fue grande.

Yo empezaba a temer el destino previsto, anunciado con simplicidad, en cada gesto cotidiano familiar, en el acto de lavar los zapatos de

los hermanos o tender sus camas mientras ellos jugaban con los amigos. Creo que fue allí que me surgió la idea de *estudiar fuera*. Expresión hasta hace poco tiempo usada en la región y que significaba estudiar más allá de un secundario, cursar la universidad. En esa época, inicio de los años 60, estudiar en una universidad implicaba vivir en una de las tres capitales más próximas: Curitiba, Florianópolis o Porto Alegre.

Llegó la hora de partir. Destino: la ciudad de Curitiba. Mi mamá, nerviosa, me hizo recomendaciones y previsiones. Yo seguía firme en mi decisión. Sentía un frío en la panza cada vez que pensaba en el vestibular¹³. ¿Qué examen sería ese? La elección de la carrera había sido hecha considerando las posibilidades de entrar en la universidad, después de un estudio minucioso del catálogo. Fue una elección fácil, por exclusión. Era el curso que no tenía pruebas de Física, Química, Matemática, ni Inglés. Sobró: Pedagogía. Las pruebas eran de Portugués, Psicología, Biología, Español, Historia y Geografía. Tal vez yo hubiera preferido Biología o Historia Natural, como era llamada la carrera, o Farmacia y Bioquímica. Pero, con mi formación, no daba para arriesgar. Yo no podría ser reprobada en el examen –era mi única chance, tenía que aprobar, sí o sí–.

Bosque de pitangas

Fui aprobada, festejé mucho y llegó la hora de tomar el camino de vuelta. No conseguí dormir en el ómnibus. Viagé de sombrero azul de ingresante, con una lechucita estampada. Estaba orgullosa. Mi papá vino a recibirme. Me abrazó y lloró. Me saludó y lamentó la muerte de mi abuela, su madre, que ocurrió mientras estaba fuera: *–Ella ya no podrá verte en la universidad–* dijo, entre lágrimas. Eso tenía un sentido muy fuerte para él y para mí también, lo descubrí después. Yo había perdido, con la muerte de la abuela, el lugar de privilegio en el ritual familiar de celebración del éxito escolar.

Todos los años, en el día primero de enero, la familia se reunía en la casa de mi abuela paterna, en Erval Velho, mi aldea natal. Era una gran fiesta, con muchas comidas, bebidas, largos paseos por los

potreros, entre ovejas y caballos. Recuerdo con mucha nostalgia de la colecta de frutos silvestres, como la pitanga y la gabiroba, el sete capote y las cerezas. Todo eso iba sucediendo entre los niños y los jóvenes, mientras los hombres hacían el asado y las mujeres cuidaban de las ensaladas y de las bebidas. Esa fiesta reunía las nueve familias derivadas del matrimonio del Coronel Zeferino y Doña Rita. Éramos más de 80 personas, incluidos algunos agregados. El espacio, un bosque de pinos, permeado de pitangueras de más de seis metros de altura, de gabirobeiras y cerezos, estos los más raros. Por las cerezas era necesario caminar un poco más. Después de correr atrás de las ovejas y subir en los árboles, a los más chicos les gustaba tomar agua de la vertiente que estaba al pie de la colina. Chicos y chicas paseaban conversando por el bosque. El almuerzo era servido en grandes mesas construidas especialmente para esas fechas, a la sombra de las araucarias. Y así llegaba el momento de la celebración. Lo más curioso es que mi abuela Rita era una india, con trazos y cabellos negros brillantes, típicos. Yo nunca supe el nivel de estudios que ella tuvo. Sé que era alfabetizada y buena en los negocios. No llegué a conocer a mi abuelo, que tuvo una muerte temprana; fue ella quien asumió los negocios de la familia, cuidando de una herencia nada despreciable, que los hijos supieron rápidamente desbaratar.

En esta fiesta del día *primero de año* los discursos siempre aparecían. El primero en hablar era el tío Severiano, hombre de muchas palabras, vocabulario elegante. Se quedaba de pie al lado de la abuela y, con la servilleta en la mano, empezaba invariablemente enaltecendo a esa vieja señora, puerto seguro de la familia, ejemplo de virtudes, madre incomparable. Después elogiaba a la familia, institución base de la sociedad. El tío Severiano era abogado. Al final destacaba el valor de la juventud y la belleza de los niños. Nada más conservador y poco original. Pero arrancaba lágrimas de sus hermanas y admiradoras. Enseguida hablaba mi padre, siguiendo con el mismo tono y llamando la atención para los estudios en la vida de los jóvenes, de los hombres del mañana. Luego seguían los nietos, graduados el año anterior, llamados uno a uno por su nombre y logro escolar. Cada uno a su modo, avergonza-

do u orgulloso, comenzaba con los agradecimientos a la abuela, a los padres, etc. Esa celebración era curiosa. Funcionaba como una competencia familiar. Cada familia presentaba sus preciosidades. Eran abogados, dentistas, profesoras, que parecían vestidos nuevos en una vidriera. También estaban los que corrían por fuera de esa competencia: los artistas. Generalmente eran las jóvenes de las familias más exitosas, que tenían más dinero o daban preferencia a las artes. Ellas presentaban piezas musicales tocadas en violín, en acordeón, en guitarra. Los pianos quedaban en las salas de la casa y acababan fuera para la demostración de prodigios en el campo. En esta segunda parte del espectáculo mi familia estaba siempre por fuera. Nadie tocaba nada. Era la hora de la envidia. El ritual había cumplido su papel: aproximaba distinguiendo, incluía excluyendo. Era de eso que papá hablaba cuando me dijo: —*Ella ya no podrá verte en la universidad*. Ni él pudo lucir su joya. De hecho, nunca más la familia se reunió, el *primero de año*.

Salvia con mejorana

El pensamiento me lleva de vuelta para la casa de mis padres en uno de los momentos de placer casi diabólico, que ocurría de vez en cuando. En esa casa, ya no había agregados permanentes, pero a veces se heredaba alguno de los de nuestra abuela. Ellos venían en general en las épocas de mucho trabajo, como en los días de la matanza. En esos días se mataban chanchos o carneros. Sí, porque matar gallina era cosa más frecuente y ni tenía mucha gracia. Ahora, chanco y carnero, no; ahí era otra cosa. Había una planificación para esa operación. Primero era decidido el día, en general un lunes o martes, porque esa historia rendía para toda la semana. En la víspera mi madre coordinaba una limpieza general en el galpón donde todo sería preparado. Se lavaba todo: mesas, recipientes, tachos, palas, cuchillas, máquina de moler carne, de llenar chorizo, tablas de cortar carne. Hasta la “chaira” era aireada. Llegado el día “D”, todo el mundo se despertaba alborotado y las peleas se sucedían. La más frecuente era la de mi madre acusando a mi padre de no saber hacer sangrar el animal, que habría

sufrido más de lo que debía. No puedo juzgar si ella tenía o no razón, porque en ese momento yo estaba encerrada en mi cuarto con una almohada tapándome los oídos. Detestaba oír los gritos de los animales en la hora de su muerte. Terminada esa parte, allá estábamos todos queriendo ayudar. Solo los mayores podían pelar el choncho, porque implicaba manejar la cuchilla bien afilada y agua hirviendo. La división del animal en grandes partes era tarea de papá con la ayuda de mamá. Nosotros, los que teníamos entre 7 y 10 años más o menos, que es el período que recuerdo más vivamente, entrábamos en la hora de hacer el chorizo, el salame, las morcillas y el famoso queso de choncho. Ahí era sólo placer, desde moler la carne hasta cortar los condimentos, de cuyo perfume de salvia fresca no me olvido hasta hoy. Tocar la masa, llenar los chorizos, atar y colgar cerca del fuego donde después serían ahumadas era fiesta para todo el día. Ese laboratorio armado en nuestro galpón era realmente mágico: en él aprendíamos –con una mujer que sólo había cursado hasta el segundo grado– preciosas nociones de Química, Matemática, Higiene y Biología. Que solo conseguí incorporar en las disciplinas propias después de décadas. Las técnicas de conservación de los alimentos eran bien elaboradas para ese tiempo en que no se conocía la heladera y un animal llevaba más de un mes para ser consumido. Estoy hablando de 100 kilos de carne para una familia de ocho personas. Salar, ahumar, secar, fritar, cocinar eran algunas de las técnicas de conservación usadas. Hasta hoy enfrento demoradas discusiones con la gente de casa sobre la seguridad higiénica de esas técnicas. Mis hijos, todos con formación en universidades reconocidas en el *ranking* internacional, sólo comprenden el mundo después del uso generalizado de la heladera. Esos recuerdos me remiten al tipo de aprendizaje feliz que teníamos unos con los otros, en que todos los sentidos estaban alertas, aprendiendo y memorizando. Hasta hoy el sabor del chorizo fresco hervido en el agua, el olor a salvia, mejorana fresca y de las cebollitas verdes picadas agitan mi imaginación, como el olor de *carolines* agitaron la memoria de Proust.

El mismo tipo de aprendizaje ocurría en la época de abundancia de verduras, cuando cumplíamos la operación de conservas de pe-

pino, de cebolla, y hasta chucrut¹⁴, cuando la producción de repollo sobrepasaba la capacidad de consumo de la familia y de los vecinos. También era así con las frutas: hacíamos campañas para preparar dulce de membrillo, mermeladas de pera, mermelada de duraznos...

Es del lado materno de la familia que viene parte de esa sabiduría. Nunca vivimos muy próximos de esa familia, aunque nuestras visitas anuales fueran obligatorias. Mamá era hija de una pareja descendiente de inmigrantes. Él, hijo de sicilianos y ella, hija de calabreses, conectados a la tierra. Los hijos legítimos del matrimonio eran cinco varones y dos mujeres, a los cuales se agregaban algunos hijos más del *nonno* con sus amantes. Él era un italiano elegante y cariñoso, de amplios bigotes y hablar tranquilo, que tenía siempre a uno de sus hijos o nietos pequeños en la falda. Cuando llegábamos para la visita, en las noches frías de Abdon Batista, donde vivían, éramos esperados con la deliciosa sopa de frijoles de la *nonna*, servida con el pan casero que después de la cena seguía siendo consumido de a pedacitos cortados por el *nonno*, que iba alcanzando a todos, uno por uno.

Mi *nonna* Ana era analfabeta. El *nonno* sabía leer y escribir, pero no sé cómo aprendió. Los hijos se dedicaban al trabajo en el campo, con la única excepción de mi tío Santín que, por ser medio enfermo, era encargado de los negocios de la familia. Era él quien comercializaba la producción, compraba las semillas y los equipamientos para el cultivo, propiedad de todos. De a poco construyó una carrera política, de concejal del distrito a intendente, llegando a ser diputado provincial. Ellos tenían un tipo de organización familiar del trabajo, tradicional en la región y entre las familias inmigrantes: el jefe de la familia orientaba al grupo sobre qué plantar, cómo y dónde comercializar e invertir. De esa forma, buscaba ampliar la propiedad, que después sería dividida en cada nuevo casamiento. Es interesante que nadie decidiera solo lo que iba a plantar. La empresa era colectiva y solamente por eso sobrevivía –eran colectivizados los equipamientos, las máquinas agrícolas y los camiones para la distribución de la producción–. Esa generación de mi madre no tenía estudios además del curso primario, pero todos eran alfabetizados y sabían aritmética básica. Algunos de mis tíos se casaron

con profesoras de escuela primaria que seguían capacitándose en cursos ofrecidos en el período de vacaciones por el Estado. Las dos mujeres de la familia, nuestra madre y la tía Hilda, fueron educadas en el modelo italiano de madre de familia. Si bien sabían leer y escribir, sus principales sabidurías eran aquellas que garantizaban la reproducción y el sustento del grupo familiar. La tía fue designada desde jovencita para ayudar al *nonno* en la tienda de *secos y mojados* de la familia y mamá para auxiliar a la *nonna* en los trabajos de la casa¹⁵.

Paro un poco por aquí y releo los últimos párrafos. Pienso si este ensayo debería hablar de educación o de mi formación, si de hecho está tratando del asunto al abordar tan poco la vida en la escuela. Me pregunto si la escolarización tuvo realmente ese lugar esencial y al mismo tiempo secundario conforme aparece en este trabajo. Mi tentativa aquí es de rever la formación, recorriendo nuevamente los caminos por donde se formó una manera de ver el mundo, de valorar las cosas, de guardar algunas, de despreciar otras. Tal vez por eso sea tan importante recordar la organización de la reproducción familiar de la casa de mi *nonna*. Con esos parientes y con los agregados de mis abuelos paternos aprendí a montar a caballo, a reconocer frutas silvestres, a conocer lo que es una tierra buena para plantar verdura y cuál es la que sólo da mandioca; a recoger piñas; a cuidar de perros; a tratar las gallinas; a hacer un candelabro de kerosene con estopa; a curar dolor de oído con algodón embebido en aceite caliente; a hacer emplasto de harina de mandioca para curar pies agujereados por clavos oxidados; a hacer el dulce de zapallo secado al sol; a comer el queso fresco, exprimido en la mano para sacarle el suero, cuando aún ni había tomado forma; a tomar sopa de frijoles y hacer dulce de higo; a que me guste el olor del monte después de la lluvia; a apreciar el placer de caminar descalza sobre el pasto mojado; a no tener miedo de víboras; y a que me guste la gente de todo tipo¹⁶. La escuela... Bien, la escuela recompone la cronología, organiza el tiempo, revela las ausencias, las faltas, las lagunas, pero no se puede desconocer que a través de ella se hizo posible la mudanza, en parte, de un destino previsto.

Inicié la vida de profesora a los 16 años, en el Jardín de Infantes Santa Teresinha, que funcionaba en el pabellón de la iglesia Catedral y era mantenido por el Lions Club¹⁷. Corría el año de 1967. Esa escuela conseguía la proeza de desafiar todas las leyes de Pedagogía al mismo tiempo y seguir siendo la más buscada; era casi la única opción. Acogía 60 niños de 2 a 5 años, reunidos en un espacio cubierto y repleto de mesitas y sillitas azules y rosas, con dos profesoras, de una y media a cinco de la tarde. Papel, lápiz, témperas, cuadernos, juguetes, todo eso y mucha voz de comando eran necesarios para hacer pasar aquellas tres horas y media de barullo total, todos los días.

La fuga

Curitiba, 1970, otro mundo, la misma historia. De la Universidad Federal de Paraná me viene el recuerdo del edificio frío y de los pasillos sombríos. Clases monótonas. Discursos llenos de propuestas de eficiencia y eficacia en la educación. Por suerte yo debería garantizar mi propia sobrevivencia y para eso dividía mi tiempo entre la facultad y el trabajo; no sobraba mucho espacio para el aburrimiento de la Pedagogía que me habilitaría para el cargo de supervisora educacional.

Seguía escuchando las lecciones de Pedagogía. En el curso uno se pasaba buena parte de los cuatro años estudiando leyes de Enseñanza. Sólo se hablaba de reforma, desde el punto de vista técnico, obviamente. Todo era muy parecido a lo que ya había visto en los dos años anteriores. Lo que tenía de diferente esta reforma era lo que ya estaba en curso desde décadas antes. Por esta razón todo parecía tan igual. Bebí sobre todo pedagogía burocrática y jurídica y me gradué para ser responsable de las escuelas, de los profesores y de los alumnos en nombre del Estado. Trabajaba en una Escuela Normal pública, en el centro de la ciudad de Curitiba. Daba clases de Práctica de Enseñanza y de Didáctica y ya empezaba a enseñar conforme a la reforma. Creo que fue en esa época que pasé a sentir un enorme rechazo por todo lo que tuviera que ver con la escuela y la enseñanza. Me parecía insoportable esa cantidad de discursos sobre discursos, uno más vacío que el otro.

En el Servicio Nacional de Aprendizaje Comercial (SENAC), contratada para un trabajo poco estimulante de coordinadora pedagógica, me acabé encontrando con un equipo de profesores y coordinadores con toda libertad para desenvolver un proyecto de formación profesional ya definido, pero donde no había libertad de inventar nada. Las áreas donde trabajábamos capacitaban al personal de servicios para empresas de Higiene y Belleza y de Hotelería: mozos, cocineros, *maître d'hotel*, entre otros oficios. Eran áreas difíciles, porque en ambas los alumnos-aprendices provenían de los grupos más pobres de la población y debían ser preparados para servir a los clientes de los grupos medios y privilegiados. Así la formación empezaba con un quiebre brusco del alumno con su grupo social, sus hábitos y sus gustos. Los cursos se ocupaban especialmente en transformar las apariencias; las formas de comunicación; la higiene, que iba desde el baño, corte de pelo, cuidados de las manos, la combinación de las ropas, etc. A esa transformación se agregaba la competencia técnica del oficio. El proceso era violento, generaba crisis y conflictos de todo orden. Un estudio sociológico de esa formación se configuró, como tema de disertación de Maestría escrita en la Universidad de Campinas, una década después.

Patio de cemento

Algunos kilómetros más al norte del país se encuentra Campinas, una de las más dinámicas ciudades del interior de São Paulo, considerada un polo tecnológico y científico. Las primeras imágenes que guardo de esta ciudad revelan el contacto con el mundo caipira¹⁸, desconocido para mí hasta ese momento. En una casa de planta baja, estilo años 1950, dos ventanas en el frente, garaje al lado, un pequeño jardín en la entrada y amplio patio de cemento atrás, pasé a vivir ya con una pequeña familia en formación. Llegué cargando en los brazos un bebé y en la valija la inexperiencia de ser madre primeriza. Venía de una ciudad fría, lluviosa y arbolada y debía habituarme a la temperatura de 30/35 grados en el verano, que estaba llegando. Calor y sol

durante por lo menos 300 días del año y un patio de cemento para reflejar el sol y potenciar esa temperatura. Hasta hoy, pasados más de 30 años en esta ciudad, no consigo entender cómo pueden combinar esas tres cosas –calor, sol fuerte y patio de cemento–. Una ciudad calurosa y soleada pide árboles y patio con césped, lo que significa sombra y espacios frescos. Pero el campinero de clase media, no convive bien con hojas, frutos y flores en el piso. Quiere su patio con la higiene del ladrillo y el cemento, listos para reflejar la luz y el calor para dentro de la casa. Para evitar ese problema, amas de casa y empleadas domésticas se dedican casi diariamente a lavar sus garajes y patios con abundante cantidad de agua.

Casada con un profesor universitario no demoré en darme cuenta de que en la Universidad de Campinas - Unicamp había un programa de Maestría en Educación. Esa universidad, en aquella época muy joven, aún en proceso de instalación ya nacía grande. Había recibido misiones extranjeras en varias áreas y estaba constantemente en la prensa. Me postulé en la primera selección e inicié mi formación como investigadora.

Conocí muchos intelectuales en la Unicamp. De cada uno guardo una marca, un libro, una frase. Algunos ya no están entre nosotros. Sus obras permanecen en los recuerdos de sus ex-alumnos. El que más marcó mi formación fue Maurício Tragtenberg, a quien debo no sólo la orientación en la disertación de maestría y en la tesis de doctorado, sino también el contacto con la bibliografía que daría fundamento a mi tarea como docente en el área de Administración y Supervisión Educacional. Con él aprendí a pensar la burocracia, a percibir la escuela como una organización social compleja, a ver las relaciones entre el saber y el poder, a comprender el lugar del Estado en la sociedad moderna. Sobre todo, aprendí que el conocimiento no preserva del prejuicio. Escuelas de pensamiento, metodologías de investigación o campos de conocimiento no pueden ser jerarquizados, pues la producción de nuevos conocimientos ocurre justamente por la relación que se establece entre ellos. Maurício parecía tener apenas una certeza: “es necesario leer más, saber más, conocer más”. Perdonaba la ignorancia, aconseja-

ba la búsqueda de la sabiduría. No soportaba la falta de ética, el querer subir cueste lo que cueste y la traición.

Entre *flamboyants*

Me convertí en profesora de la Unicamp cuando aún no había concluido mi maestría. Era parte del grupo liderado por Maurício, que trataba de hacer una crítica a la administración escolar, bombardeando el tecnicismo que se instaló en Brasil desde los años 1950. Éramos un grupo articulado trabajando en el área de administración escolar para implosionar ese campo. La bibliografía estaba centrada en: Maquiavelo y las lecciones del *El Príncipe*; Kafka, *El proceso*, *La muralla de China*; Marx, especialmente los textos políticos: *La guerra civil en Francia*, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, el *Manifiesto comunista*; Weber, con *Economía y Sociedad* y *La política como vocación* y *La ciencia como vocación*; Tocqueville, *La democracia en América* y *El Antiguo régimen y la revolución*, además de las obras de Tragtenberg, *Burocracia e ideología*, *La escuela como organización compleja*, que nos remitían a la lectura de los clásicos de la administración: Taylor, Fayol y Elton Mayo. Criticábamos la estructura y el funcionamiento de la educación y de la enseñanza pública. Participábamos de la Asociación Docente y en los órganos colegiados de la Facultad de Educación. La universidad era más libre, no había sido aún institucionalizada¹⁹, no existía el discurso sobre la calidad. El productivismo aún eran cosas de empresas, no alcanzaba al mundo en general.

No sé si fantaseo con ese tiempo, si mi percepción de la época estaba contaminada por mi entusiasmo de joven a los 30 años. Pero la verdad es que me acuerdo cómo nos dedicábamos al Centro de Estudios Educación y Sociedad (Cedes) creando una revista que sería la más importante revista de educación, en las décadas de 1980/1990, en largas reuniones al final de la tarde. No había infraestructura, éramos nosotros mismos quienes hacíamos todo: leer los artículos, inventar el formato, componer la revista, cargar cajas, viajar para conferencias y congresos, armando *stands* para exponer esa obra colectiva. En ese tiempo todavía

no existía el *Currículo Lattes* y nos poníamos contentos con el hecho de que la revista circulara, era una de las pocas en el área²⁰. Escribí la disertación de maestría, que fue muy bien evaluada, considerada original y jamás publiqué un único artículo de esa investigación. Hoy me pregunto por qué. Veo que no era prioridad, no había en esa época una urgencia por publicar, sería un hecho que ocurriría a su debido tiempo. Las prioridades estaban ligadas a la construcción de una universidad. Todos nosotros respondíamos por varias disciplinas y estábamos intensamente envueltos con la Facultad de Educación, con el Centro de Estudios – Cedes, con la Conferencia Brasileña de Educación (CBE), con la Asociación de Docentes, nuestro órgano sindical. También tenía mis compromisos de mujer, con tres hijos para educar.

En la Facultad de Educación convivían distintas posiciones políticas e ideológicas, desde marxistas-anarquistas, marxistas-leninistas, cristianos (ex-curas, pastores protestantes), ingenuos profesores y algunos liberales. Provenían de los más distintos campos del saber. Eran sociólogos, filósofos, psicólogos, físicos, químicos, matemáticos, biólogos y profesores de letras. Cuando cursé la maestría eran obligatorias tres disciplinas del Departamento de Filosofía y una del departamento al cual el alumno estaba vinculado. La Filosofía era considerada el conocimiento básico para la comprensión de la Educación. Y la Psicología, base para la comprensión de la enseñanza. Herencia de las lecturas de John Dewey hechas por los primeros educadores brasileños, organizadores del Sistema Nacional de Educación. A partir de allí se puede entender por qué los grupos dominantes eran los filósofos y los psicólogos. Dominaron la facultad por dos décadas más. Mientras los filósofos dirigían la facultad y coordinaban el pos-grado, los psicólogos mantenían, en alianza con los administradores, la hegemonía sobre los cursos de Licenciatura y Pedagogía²¹.

Concluí la maestría con la disertación. *El ejercicio de la docilidad: un estudio sobre la formación profesional en el Senac*. En este estudio fue analizado el proceso de formación de futuros trabajadores del área de comercio y servicios, por una red de escuelas montadas por la Confederación Nacional de Comercio en los primeros años de la política desarrollista, en Brasil (década de 1940).

Cursé el doctorado y defendí la tesis, *La comunión laica: el Rotary Club en Brasil*, en 1991. En esa tesis examiné la trayectoria del Rotary Club de São Paulo, un espacio de articulación política de empresarios y profesionales liberales, que movilizó sus fuerzas y capitales actuando como protagonistas en la preparación del Golpe Militar de 1964. Mis estudios hasta ese momento estaban centrados en un tipo de análisis organizacional teniendo como eje la historia y la política y sus implicancias en la educación. Nuestro horizonte era la sociedad y las organizaciones que estructuran el ejercicio del poder.

Aún de la mano de Maurício Tragtenberg y de Evaldo Amaro Vieira yo me había aproximado a algunos pensadores anarquistas, especialmente a Bakunin, Kropotkin y Francisco Ferrer e hice estudios sobre la educación durante la Guerra Civil Española. Me había encantado por el anarquismo, vislumbraba la posibilidad de estudiar el Estado desde otra perspectiva, diferente de la weberiana. Podía pensar la educación aliada a la idea de libertad. Pero cuando los dos profesores –Maurício y Evaldo– dejaron la Unicamp, en el inicio de los años 1990, empecé a pensar en ir para España, a la Universidad de Barcelona, para profundizar mis estudios sobre anarquismo. Imaginaba la facilidad de hacer una pasantía internacional en un centro de estudios anarquistas, aprovechando la facilidad del idioma conocido. Estuve en Lisboa en 1993 y en ese momento los vientos soplaron en otra dirección, llevándome para Francia, donde me quedé por un año y medio como becaria del CNPq.

Techo bajo

Todo allí para mí fue un poco raro. No me reconocía en aquel mundo, no me gustaban aquellas personas que yo veía como educadas y frías, tenía dificultades para hablar y entender aquella lengua. En verdad, yo no era parte de aquella cultura. Aquel era un mundo extraño para mí. El profesor responsable por mi pasantía, que me había escrito una elegante carta de invitación, no tenía tiempo para estar conmigo, discutir mi plan de trabajo. Me dio las direcciones, cartas de

recomendación, indicaciones y me mantuvo como invitada en su seminario durante todo el año escolar (1994-1995). Al final de un año, firmé mi pedido de prórroga y seis meses después nos despedimos con las amabilidades formales que cabían en ese caso.

El proyecto que me llevó a Francia se interesaba por estudiar la mayor escolarización de las mujeres y las marcas de la moral cristiana, tomando en cuenta las disputas y alianzas de escuelas públicas e Iglesia en el mercado escolar. Yo pensaba estudiar la escuela, esa institución que había interesado tanto a los sociólogos y filósofos franceses. Yo ya conocía algunos de los estudios de Durkheim, Bourdieu, Foucault, Lobrot, Lorau, Baudelot y Chapoulie y pensaba encontrarme y discutir con algunos de esos intelectuales que aún vivían por allí. Las cosas, sin embargo, no eran tan simples para una extranjera, en aquel mundo pleno de jerarquías, reglas y códigos de conducta.

Muchos amigos pasaron por nuestro departamento en París. Dos de ellos marcaron una gran diferencia en mi pasantía: João Bernardo²² y Milton José de Almeida²³. El primero me mostró librerías y bibliotecas que pasaron a integrar mi recorrido casi diario y me habló sobre el libro de Simone de Beauvoir llamado *Los mandarines*. Leí Albert Camus y Dostoievski, también gracias a las conversaciones con João Bernardo, regadas de buen vino nacional. Milton Almeida, además de ayudarme a equipar mi departamento, colocando música donde sólo había ruidos, me presentó a Marguerite Duras. No sólo compré y leí casi toda la obra completa de esta escritora, como también pasamos algunas veces a mirar el balcón de su apartamento con la esperanza de verla aunque sea de reojo. En aquella época ella aún vivía por allí. A partir de Duras y Beauvoir, me fui dejando llevar por la literatura, me encontré con Virginia Woolf, Marguerite Yourcenar, leí las lecciones y las cartas de Madame de Maintenon, las cartas de Ninon de Lenclos; en fin, comencé a adquirir alguna maña para lidiar con mi excesiva libertad. Visitaba exposiciones, museos, escuchaba conciertos, visitaba monumentos, cementerios, imaginaba la historia, sentía la presencia de los personajes de la Comuna de París, de Walter Benjamin, de los impresionistas y tantos otros.

No dejé de lado lo académico, es claro; convivía con un enorme sentimiento de culpa: al final yo estaba allá con beca del Consejo Nacional de Investigación, era parte de aquel restringido grupo que tenía el privilegio de viajar con recursos públicos. Y literatura no es trabajo, es placer. Mi madre me había enseñado eso desde muy temprana edad, cuando nos sacaba los libros y colocaba el bordado en mis manos. Continué haciendo algunos seminarios, como el del profesor Jean Michel Chapoulie, donde lo que me impresionó fueron las estrategias de los estudiantes para alcanzar visibilidad y reconocimiento en el espacio académico. De la bibliografía consigo recordar, además de los escritos del mismo Jean-Michel Chapoulie que en parte yo ya había leído antes de viajar, la obra sobre política educacional francesa de Antoine Prost y los escritos de Christian Baudelot sobre desempeño escolar. Otros dos seminarios fueron importantes en mi estadía por París. Uno de ellos, dirigido por Laurent Douzou, en el Instituto de Historia del Tiempo Presente, se ocupaba de estudiar los relatos de memoria, los documentos personales, los vestigios y las marcas de la vida de personas que habían escapado de los campos de concentración nazis. Fue especialmente importante convivir con sobrevivientes de campos de concentración, parientes y amigos de sobrevivientes que participaban del seminario, corrigiendo, sugiriendo y discutiendo el trabajo de los investigadores, escribiendo con ellos una de las páginas más duras de la historia contemporánea. Primo Levi y Elias Canetti fueron estableciéndose en mi biblioteca al lado de Michel Pollak y Robert²⁴. El otro seminario que seguí con especial interés era dirigido por François Bonvin y Jean-Pierre Faguer. Con ellos visité algunos autores muy estimados por la Sociología de la Educación y de la Escuela; entre los más notables estaban Norbert Elías y Pierre Bourdieu, además de Max Weber y Dürkheim. De estos dos últimos se destacaron para mí los escritos sobre Sociología de la Religión.

Yo estaba dividida entre estudiar el lugar de las escuelas católicas en el espacio de la escolarización oficial, las políticas para la educación de las mujeres en ese período y desarrollar otra investigación que consistía en encontrar las marcas de la educación católica en la escola-

rización pública. Estaba convencida de que nunca tuvimos educación laica en Brasil, creía que había sido siempre la moral católica la que dictó la educación escolar, fuera esta pública o privada. Los estudios que desarrollé en esa estadía en París, aliados a las observaciones sobre la ciudad, la arquitectura y toda suerte de manifestación artística, me dejaron aún más convencida de la permeabilidad de las instituciones públicas en relación a la moral cristiana y me remitieron a un universo de lecturas muy especial.

Desde las sugerencias hechas por Milton José de Almeida y João Bernardo, sumadas a aquellas de Jean-Pierre Faguer y François Bonvin, hasta las vidrieras de las librerías y de los sebos²⁵, por las calles del *Quartier Latin*, todo me llevaba para la lectura de biografías, cartas, diarios, relatos de viajes; en fin, para una literatura que me seducía cada día más. En el medio de toda esa gama de escritos y de imágenes surgieron con especial interés los estudios y las biografías de santos –no exactamente hagiografía, pero también ella– que en esa época se apilaban en las vidrieras parisienses. Tal vez esa literatura se haya vuelto muy conocida y atractiva gracias a los estudios sobre memoria e historia, desarrollados por Jacques Le Goff, George Duby, Régine Pernoud, entre otros historiadores y sociólogos de la cultura. Lo que importa es que ella me calzó como un guante. Devoré decenas de esas obras, de autobiografías de santos, como la de Thereza D'Ávila, las cartas de Catarina de Siena. Estudié algunos de los místicos citados por Jacques Maître en su *Mistique et féminité* y también San Juan de la Cruz, Hildegard de Bingen, Simone Weil.

Del proyecto inicial sobre la escolarización de las mujeres y las marcas de la moral cristiana resultaron artículos sobre el Colégio Progresso, un colegio tradicional en la ciudad de Campinas, y su directora, Doña Emília de Paiva Meira, donde estudié la correspondencia de esa educadora con su padre confesor y los impactos de esa correspondencia sobre la política de educación en el colegio; algunas orientaciones de proyectos de iniciación científica y presentaciones en congresos. La lectura de las biografías inspiró orientaciones de maestría y doctorado, como así también una materia del curso de posgrado que

se mantiene en el catálogo hace una década, siempre con interés para estudiantes y orientadores.

Una línea de investigación orientada para la comprensión del significado de la escuela y de la familia en el mundo contemporáneo, el uso de la literatura íntima –cartas, diarios, autobiografías– como fuente de investigación y la creación del Grupo *Focus*, consolidaron mi forma de investigar y orientar la docencia en la Facultad de Educación de Unicamp²⁶.

La creación de *Focus* ocurrió en el comienzo de los años 1990, cuando Letícia Canêdo²⁷, de vuelta de su pasantía de pos-doctorado con Monique de Saint Martin en París, propuso que creásemos un grupo de investigación para estudiar la institución escolar y las organizaciones familiares. Letícia y yo ya habíamos trabajado juntas como jefas de departamento y en cursos para directores de escuela durante la década de 1980. Manteníamos una colaboración bastante fructífera. Creamos *Focus*, que luego se convirtió en un espacio importante de recepción de investigadores de otras instituciones y en un lugar especial para la discusión de los estudios de nuestros estudiantes de posgrado. Más tarde, con la llegada de Ana María Almeida, el grupo se fortaleció más todavía y hoy mantiene proyectos de investigación en colaboración con centros y universidades brasileñas y extranjeras, siendo el nuestro un espacio privilegiado de investigación. Fue en la disciplina de posgrado y en los encuentros en el *Focus* que conocí a Martha Herrera y Alejandra Corbalán, la primera colombiana y la segunda argentina, con quienes desarrollamos posteriormente nuevas líneas de trabajo.

Alejandra Corbalán, socióloga experimentada, ocho años exiliada en México durante la dictadura militar argentina, estaba finalizando en Campinas su tesis de doctorado sobre la función política del Banco Mundial en la Argentina, en el período 1980/1990. Martha Herrera, historiadora y socióloga, ex-militante feminista, había finalizado su tesis sobre las reformas de educación en Colombia durante el período de 1930 a 1945. Ambas volverían para sus países, como profesoras e investigadoras, y pasarían de estudiantes a directoras de investigación en sus universidades. Deseaban mantener los vínculos con la

Unicamp, pero también crear un espacio de colaboración internacional entre intelectuales y universidades de los países de América Latina. Hicimos el borrador del proyecto de una red de investigadores incluyendo a algunas universidades de América Latina dedicadas al estudio de la educación, de la cultura y la política. Desde entonces esa red de investigadores está constituida y funcionando²⁸.

La literatura biográfica, los escritos privados, los escritos literarios fueron articulándose con los estudios de los historiadores y sociólogos de la cultura como Norbert Elías y Carlos Guinzburg, fundamentando hoy nuestras investigaciones, tanto en los temas relacionados con la escuela, con la familia o con la Iglesia Católica en la sociedad contemporánea.

Antes de cerrar esta narrativa debo recordarle al lector y a mi misma que toda esta historia o la memoria narrada aquí tiene carácter político. No expresa la realidad y sí una creación que sólo puede ser realizada desde el punto de vista de esta autora. La vida no se puede expresar en el texto, en la medida que las palabras tienen vida. Las propias elecciones de qué contar y de qué dejar de lado; de los recortes; de lo que es iluminado y de lo que es dejado en las sombras del olvido expresa una mirada sobre la historia personal y sobre la historia de los lugares por donde fuimos pasando, viviendo, construyendo y reconstruyendo al narrar. Esta es, pues, mi construcción sometida al lector.

Resumo

Este artigo apresenta uma coleção de recortes de um memorial apresentado como exigência no concurso de Livre Docente na Faculdade de Educação da Unicamp. Traz uma seleção de quadros de memória de infância responsáveis pela construção de um olhar sobre o mundo, sobre as relações sociais e que constituem as escolhas metodológicas e temáticas na trajetória de pesquisa que veio depois. As escolhas dos quadros são, como qualquer seleção, uma tomada de posição, estão ancoradas nas leituras e crenças, sem deixar de expressar os afetos e as lembranças mais fortes. A presença dos sentidos como porta de entrada das coisas do mundo para o universo do pensamento é proposital. Numa sociedade que se acostumou com a idéia de que o pensamento exige isolamento, este texto procura lembrar o gosto, o cheiro e o tato como produtores de imagens que povoam a imaginação e alimentam o pensamento.

Juntam-se aos quadros da infância, a narrativa de momentos da formação acadêmica, dentro e fora da escola, sempre mais fora do que dentro, pois, esta representa apenas um dos espaços de socialização e encontro com o conhecimento. Dentro das possibilidades de um artigo, este texto se inspira nos escritos biográficos dos pensadores modernos que reservaram lugar na academia para os textos pessoais.

Palabras clave: Memoria; Recuerdos; Trayectoria; Investigación educativa.

Abstract

This article presents a set of extracts of a memorial requested for the teacher admittance exam at the Unicamp Education College. It picks some childhood memory frames that build up a conception of the world and people's social relations. Such memory frames also build up the methodological and theme-based choices in the ulterior research development. The frame selection, like any other, was stand-taking and based on readings and beliefs, and at the same time, they expressed strong affection and reminiscence. Choosing the senses as a gateway from the wordly things to the world of thought is intentional. In a society used to the idea that thinking needs isolation, this text reminds us of taste, smell and the tactile sense as image generators which live in people's imagination and feed their thought. Adding to the childhood frames is the narrative of academic education moments, both in and out of school, especially out, as school is just one of the geographic spaces for socializing and meeting knowledge. Within the limits of an article, this text draws inspiration from biographical writings of modern thinkers who have made room in academic environments for personal texts.

Key words: memory; memories; trajectories; educational research.

Notas

- ¹ De Campinas, ciudad del interior de São Paulo.
- ² Árbol de gran porte, originario de Brasil.
- ³ Las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado son estudiadas por investigadores de la educación de diferentes épocas. Podemos citar: Miceli, S. (1988); Romano, R. (1979) y Cury, CRJ (1988).
- ⁴ Persona que si bien no pertenece a la familia vive en la misma residencia y colabora en tareas del hogar, sin tener tampoco carácter de empleado doméstico.
- ⁵ Esa rápida descripción sería una importante fuente de estudio sociológico si ese fuera el objeto de este texto. Ver sobre el asunto: Pierre Bourdieu, y Monique de Saint Martin, "As categorias do juízo professoral".
- ⁶ Referente al estado de Santa Catarina, ubicado en la región sur de Brasil.
- ⁷ Pasolini, en su "Gennariello", recuerda la casa donde nació, el dormitorio de su abuela, con sus muebles y su cortina de voal para afirmar que el lugar de clase está grabado en nuestra memoria y nos compone. Educa nuestro modo de ver y pensar el mundo (Pasolini, 1997).
- ⁸ No consigo pensar en esta historia sin recordar el romance clásico de la literatura brasileña de R. Pompéia (1976).
- ⁹ Se puede citar aquí a Baudelot y Establet (1992).
- ¹⁰ Especialidad culinaria preparada con carne de pajaritos y polenta.
- ¹¹ Se puede citar aquí a Da Matta, R. (1985) y Freire (2001).
- ¹² Carlos Lacerda y Janio Quadros, políticos destacados por su papel reaccionario en la política brasileña, durante los años 1950 y 1960, período que antecedió a la dictadura militar.
- ¹³ Sobre el tema vale la pena ver: Tragtenberg (1990).
- ¹⁴ Repollo cortado y fermentado.
- ¹⁵ Ver sobre herencias, propiedad de tierras y política en Brasil: Carneiro (2001) y Leal (1975).
- ¹⁶ Al final, ¿de qué se alimenta el pensamiento? Hannah Arendt, en *Vida do espírito: o pensar, o querer, o julgar*, discute la necesidad de los sentidos para la producción de las imágenes que dan materia al pensamiento y a la imaginación. John Dewey, en *Democracia e Educação*, ve en los sentidos la posibilidad de aprehensión del conocimiento del mundo. Podríamos aquí seguir por toda la historia de la filosofía explorando autores en ese mismo sentido.
- ¹⁷ Aquí se tiene además de la Iglesia Católica y del Estado, a un club de servicio norteamericano encargándose de la tarea de ofrecer educación (Uhle, 1991).
- ¹⁸ Designación genérica dada a las personas originarias del interior de São Paulo.
- ¹⁹ La Unicamp, fundada en la década de 1960, aún no estaba totalmente instalada, no tenía Estatutos ni Reglamento general.
- ²⁰ Ver sobre el asunto el artículo de Agueda B Bittencourt y Elizabeth Mercuri (2009).
- ²¹ El curso de pedagogía forma los profesores para la educación infantil y primeros años de la enseñanza primaria, mientras que las Licenciaturas forman los profesores de la escuela secundaria.
- ²² Intelectual portugués, exiliado en Francia desde la década de 1960 aún estudiante fue expulsado de la universidad por razones políticas. Se volvió autodidacta y posee una

extensa obra en la cual se destaca: *Marx Crítico de Marx. Epistemología, Classes Sociais e Tecnologia em “O Capital”*; *Poder e Dinheiro. Do Poder Pessoal ao Estado Impessoal no Regime Senhorial, Séculos V-XV*; *Labirintos do Fascismo. Na Encruzilhada da Ordem e da Revolta* (2003); *Economia dos Conflitos Sociais* (1991; 2ª edição 2009).

²³ Intelectual brasileiro, autor de *Cinema. Arte da memória*; *O teatro da memória de Giulio Camilo*; entre otras obras.

²⁴ Al volver a Brasil escribí un artículo, inspirado en ese seminario que publiqué en la revista *Educação* da PUC/RGS.

²⁵ Regionalismo de Brasil. Librería donde se compran y venden libros usados.

²⁶ Ver www.fe.unicamp.br/focus/.

²⁷ Profesora titular da FE/Unicamp y autora de: *Sufragio Universal - invenção democrática*. São Paulo: Estação Liberdade, 2005. v. 1.; *A Revolução Industrial*. 21ª. ed. São Paulo/Campinas: Atual/Unicamp, 1998. v. 1. 92 p. entre otras obras; Coordinadora de la investigación: *“Circulação internacional e formação dos quadros dirigentes brasileiros”*.

²⁸ Ver www.fae.unicamp.br/redecultura/

Bibliografía

ALMEIDA, M. J. (1999) **Cinema. Arte da memória**. 1ª Edição, Cortez, São Paulo.

_____ (2004) **O teatro da memória de Giulio Camilo**. Ateliê, São Paulo.

ARENDE, H. (2000) **Vida do espírito: o pensar, o querer, o julgar**. Relume Dumará, RJ.

BERNARDO, J. (1977) **Marx Crítico de Marx. Epistemología, Classes Sociais e Tecnologia em “O Capital”**, 3 vols. (s/d.)

_____ (1995, 1997, 2002) **Poder e Dinheiro. Do Poder Pessoal ao Estado Impessoal no Regime Senhorial, Séculos V-XV**, 3 vols. (s/d.)

_____ (2003) **Labirintos do Fascismo. Na Encruzilhada da Ordem e da Revolta**. (s/d.)

_____ (2009) **Economia dos Conflitos Sociais**. 2ª edição (1ª edição: 1991). (s/d.)

BAUDELLOT, C. y ESTABLET, R. (1992) **Allez les filles!** du Seuil, Paris.

BITTENCOURT, A. B. y MERCURI, E. (2009) **Entre capas e letras, embates e crenças: 20 anos de proposições**. En *Revista Pro-Posições*, V.20, n.3 (60) set./dic.

CARNEIRO, M. J. (2001) “Herança e gênero entre agricultores familiares”, En *Revista Estudos Feministas* [online]. 2001, vol.9, n.1, pp. 22-55.

CURY, CRJ (1988) **Ideologia e educação brasileira: católicos e liberais**. Cortez & Moraes, São Paulo.

Da MATTA, R. (1985) **A casa e a rua: espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil**. orton. catie.ac.cr, São Paulo.

DEWEY, J. (1952) **Democracia e Educação**. 2ª edição, Companhia Editora Nacional, São Paulo.

FREIRE, G. (2001) **Casa grande e senzala**. Record, Rio de Janeiro.

LEAL, V.N. (1975) **Coronelismo, enxada e voto**. Alfa-Ômega, São Paulo.

MICELI, S. (1988) **A elite eclesíástica brasileira**. Bertrand Brasil, São Paulo.

PASOLINI, P. P. (1997) **Cartas Luteranas**. Trotta, Madrid.

- POMPÉIA, R. (1976) **O Ateneu; crónica de saudades (1888)**. Cultrix, Brasília, INL; Sao Paulo.
- ROMANO, R. (1979) **Brasil: Igreja contra Estado**. Kairós, São Paulo.
- TRAGTENBERG, M. (1990) **“Delinquência Acadêmica”, Sobre Educação, Política e Sindicalismo**. 2ª ed., Editores Associados; Cortez, São Paulo.
- UHLE, A. B. (1991) **A comunhão leiga. O Rotary Club no Brasil**. Tesis de Doctorado, Unicamp.